

Miguel Cortés Arrese, *Ciudades entreabiertas*, Murcia, Nausícaä, 2016, 94 pp.

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.83.2017.319>

La ciudad se ofrece al visitante como una realidad cambiante, en la que se funde su pasado y su presente, su panorámica general y los detalles particulares, su esencia urbana y su entorno geográfico. Es como un caleidoscopio siempre en continua gestación, que entabla un diálogo permanente con el que llega a la misma. Y siempre es creadora de sentimientos y sensaciones distintas y contrapuestas en quien la contempla.

El profesor Cortés Arrese nos introduce en este discurso dialéctico entre la ciudad y el observador que la describe, de manera que suscita emociones variadas al visitante que contempla sus panorámicas y pasea por sus calles. Se han elegido cuatro ciudades imperiales, cada una con un pasado distinto, cada una con una fisonomía particular, pero todas unidas por el denominador común de la grandeza. Toman la palabra los distintos viajeros que las visitaron, pero al mismo tiempo trasciende la propia admiración del autor, a través de los textos elegidos, que coinciden con las impresiones que él mismo ha sentido al recorrerlas.

En cada ciudad, hay un pasado, una razón de ser. La Estambul heredera de la Bizancio imperial, asumida en clave musulmana por los sultanes del siglo XV y del siglo XVI, que no solo convirtieron Santa Sofía en mezquita, sino que la imitaron en las de nueva construcción, creando su perfil definitivo recostado sobre el Bósforo. La Toledo a la vez musulmana y cristiana, de caserío tortuoso, y edificios solemnes (la Catedral, el Alcázar), recostada sobre el Tajo. La aristocrática San Petersburgo, fruto de la occidentalización impuesta por Pedro I y continuada por Catalina II, pero unida al Deva y relacionada con el Báltico y los bosques de abetos de sus alrededores. La Jerusalén imperial, Moscú, más rusa que la anterior, por su pasado ancestral, su continua reconstrucción tras los desastres, y mostrando el perfil de sus grandes iglesias polícromas y exóticas y el Kremlin autócrata.

Escrito en una prosa concisa y fluida, el lenguaje literario de este libro permite una lectura agradable y amena en la que el lector es movido a continuar su lectura hasta el final.

JESÚS MARÍA PARRADO DEL OLMO
Universidad de Valladolid
parrado@fyl.uva.es

Vidal de la Madrid Álvarez et alii, *El santuario de Nuestra Señora de Covadonga*, Gijón, Ediciones Trea, 2015, 286 pp.

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.83.2017.319-321>

Pocos parajes hay en nuestro país tan significativos como el de Covadonga. Su identificación con el lugar en el que la victoria de don Pelayo sobre los musulmanes supuso el arranque de la Reconquista lo revistió ineludiblemente de una dimensión religiosa. La cueva donde la tradición situó la resistencia asturiana se convirtió en el epicentro de la celebración de la memoria del triunfo y se dedicó a la Virgen. La devoción a este santuario

mariano y a la *Santina* adquirieron un fuerte arraigo en el ámbito asturiano, respaldado por el episcopado ovetense (sobre todo por ciertos prelados en época contemporánea, como Martínez Vigil o Sanz y Forés), así como una considerable amplitud, favorecida por los fuertes vínculos simbólicos que se establecieron con la monarquía, primero astur-leonesa y más tarde española. La misma configuración del lugar, la dificultad de sus accesos y la riqueza natural de su entorno, reconocido como Parque Nacional en tiempos contemporáneos (1918), proporcionaron un marco propicio a las emociones de la conmemoración histórica y la religiosidad, que tuvieron su expresión material por medio de múltiples manifestaciones artísticas.

De estas últimas se ha ocupado un reciente proyecto de investigación que ha sido llevado a cabo por el Grupo de Investigación “Ceán Bermúdez”, de la Universidad de Oviedo, coordinado por el profesor De la Madrid y compuesto por otros miembros de la misma institución, los profesores González Santos y Kawamura, así como por los conservadores de museos Barón Thaidisgmann, Jefe del Área de pintura del siglo XIX en el Museo Nacional del Prado, y Alfonso Palacio Álvarez, Director del Museo de Bellas Artes de Asturias. Los resultados se han recogido en un libro en el que se combinan varios estudios monográficos sobre diversos aspectos del tema y un catálogo de obras relativas a la imagen y a la devoción de Covadonga.

El primer capítulo, redactado por De la Madrid, aborda el desarrollo arquitectónico del espacio sagrado de la cueva y de su entorno más próximo, en el que se construyeron una colegiata, un mesón para peregrinos y otros edificios de menor dimensión y relevancia. Las dificultades del conocimiento de todo ello con anterioridad al siglo XVIII -agravado por la desaparición del templo medieval de madera, que sobresalía parcial y “milagrosamente” de la oquedad y que pereció a causa de un incendio en 1777- son solventadas mediante un minucioso y objetivo repaso de los restos conservados, así como de los documentos escritos y gráficos relativos a la iglesia rupestre y sus anejos. Al período ilustrado se debe el interesante diseño de Ventura Rodríguez para una basílica (1779-1780) a erigir ante la cueva, con vocación de constituir un “prototipo nacional”, como se recoge en el estudio. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, los sucesivos proyectos y realizaciones se conocen mejor, a lo que contribuyen también los nuevos datos aportados en las notas y el Apéndice de este capítulo. El Neo-medievalismo al que se atuvieron los proyectos de los pequeños y sucesivos templos para el *sancta sanctorum* de la Cueva, diseñados por Cástor de Caunedo (1858), el alemán Roberto Frassinelli (1874) y Luis Menéndez Pidal (1946), tuvo finalmente su monumental plasmación en la nueva Colegiata neo-románica (1888-1901),alzada por Federico Aparici sobre el frontero monte del Cueto. Más tarde el Regionalismo informó el conjunto edificado en el área que precede a este último templo, con lo que se fijó en lo esencial la imagen historicista y norteña de la que se revistió el lugar –como si se tratara de una búsqueda colectiva de un *genius loci*– de la que también participa la concepción de los edificios para hospedaje levantados en las primeras décadas del siglo XX.

Las ofrendas de los fieles reunieron a lo largo de los siglos un preciado tesoro, en gran parte desaparecido. Kawamura recupera la valoración de lo perdido a partir de los listados de objetos litúrgicos redactados con anterioridad al incendio de 1777, sobre todo el inventario de 1730, así como de las noticias sobre el peso de los fragmentos rescatados tras el desastre. En paralelo a las empresas arquitectónicas, durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, el enriquecimiento del culto experimentó un decidido incremento,

en el que participó la familia real, lo que también conoció otro gran impulso con la reafirmación religiosa de la Dictadura.

González Santos se ha ocupado de recopilar los grabados realizados en los siglos XVII y XVIII sobre el santuario y la imagen de la Virgen de Covadonga, encargados sobre todo por las Congregaciones de su advocación, que se fundaron también en tierras americanas.

La segunda parte del libro comprende el catálogo de las obras expuestas en el Museo. Ha sido redactado por Barón, González, Kawamura y Palacio. Las piezas son propiedad del Real Sitio de Covadonga o han sido cedidas por otros fondos públicos y privados, pero todas ellas tienen en común su realización por el impulso de la profunda vivencia religiosa o por la poderosa atracción del lugar. La mayor parte de los objetos reunidos son de naturaleza suntuaria. Entre las variadas piezas de orfebrería y metalistería de carácter religioso sobresalen los cálices, realizados entre los siglos XVII y XX. Destaca igualmente la apreciable colección de ocho Crucificados de marfil. La escultura es el apartado más reducido, pues la propia del santuario ardería en el incendio, aunque las donaciones posteriores proporcionan un muestrario de talleres nacionales. De las pinturas cabe señalar la decimonónica serie de los reyes asturianos, perteneciente al Museo Nacional del Prado o los excelentes retratos de los obispos citados más arriba y de la primogénita de Isabel II, datados a fines de la centuria. Por su riqueza y su peripecia, ya que parece que se aprovechó una parte de un rico terno regalado por la reina Bárbara de Braganza, que sobrevivió al incendio, se distingue una casulla entre las ropas litúrgicas. Dibujos varios, grabados de carácter topográfico y relojes completan los bienes muebles reunidos.

MARÍA JOSÉ REDONDO CANTERA
Universidad de Valladolid
redondo@fyl.uva.es

Miguel Ángel Aramburu-Zabala Higuera, *Leonardo Rucabado y la arquitectura española, 1875-1918*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2016, 462 pp.

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.83.2017.321-323>

El Regionalismo arquitectónico ha sido objeto en los últimos años de un renovado interés historiográfico en Europa (Jean-Claude Vigato, Daniel Le Couëdic, François Loyer, Eric Storm, etc.), acompañado de nuevas perspectivas de interpretación, superando la crítica proveniente del Movimiento Moderno. El libro sobre Leonardo Rucabado que comentamos se inserta en esta renovación interpretativa, enmarcando al arquitecto en la cultura internacional a través de los autores y las publicaciones que él manejó y asimiló para construir su proyecto cultural, inserto en el tema de “las identidades” (nacionales, regionales o locales), y que iba más allá de la arquitectura: construir lo nuevo sin desdeñar la tradición.

Leonardo Rucabado, uno de los mejores exponentes de la arquitectura regionalista en España, en su teoría y en la práctica, ya había recibido estudios monográficos por parte de Javier González de Riancho (1949), Ramón Rodríguez Llera (1982 y 1987), Nieves Basurto (1986) e Isabel Ordieres (1987). La revisión efectuada por Aramburu-Zabala aporta